



CAPILLA DE JESÚS MARÍA, MALINALCO.

COLMENARIO

LA CAPILLA DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO EN MALINALCO, ESTADO DE MÉXICO

Con este sencillo trabajo, dedicado a estudiar formal y estilísticamente dos de las muchas capillas que enriquecen el patrimonio arquitectónico de Malinalco, queremos rendir nuestro particular homenaje de cariño, afecto y respeto a un amigo excepcional, el inolvidable Dr. Luis Mario Schneider. Precisamente fue a raíz de una fructífera e inolvidable estancia en su acogedora casa de esa localidad, en agosto de 1997, cuando, tras peregrinar por los interesantes monumentos, nos encomendó que nos encargáramos de analizar dos de ellos, concretamente la Capilla de San Nicolás de Tolentino y la Capilla de Jesús María, con la idea de darlos a conocer a través de una magna publicación, que a la par debía ser el punto de arranque de un amplio proyecto de intervención del que tan necesitados están no sólo las capillas, sino también el impresionante y muy olvidado conjunto conventual.

LÁZARO GILA MEDINA Y MANUEL L. PEREGRINA PALOMARES.

Enero de 2000.

INTRODUCCIÓN

Si hay un rasgo distintivo, y a la vez sobresaliente, dentro del panorama artístico mexicano del periodo virreinal es su excepcional patrimonio arquitectónico en general y religioso en particular. Lamentablemente es poco conocido y, en consecuencia, poco estudiado y valorado por la historiografía europea occidental, excesivamente miope dada su torpe visión eurocentrista de la cultura, si bien en los últimos años se han hecho avances bastante considerables. Así, la serie de magníficas catedrales y muy especialmente fundaciones conventuales, básicas a la Corona para el

dominio efectivo del territorio indígena y para su evangelización, pueden equipararse en calidad, sin ningún género de dudas, con lo que se encuentra acuende los mares.

Buena prueba de esto es el caso de Malinalco, pequeña localidad del Estado de México. Con una fecunda herencia artística prehispánica, aparte de su monumental conjunto conventual, fundado por los agustinos a mediados del quinientos, concretamente en 1543, donde sobresale especialmente el soberbio claustro con su interesante serie de pinturas murales necesitadas de urgente restauración, a lo largo del siglo XVIII se va levantando una serie de capillas o ermitas, a veces auténticas iglesias por su volumen, con el fin de atender las necesidades espirituales de las distintas barriadas que conformaban y aún constituyen el ámbito jurisdiccional del convento-parroquia.

Aparte del fin primordial, con la edificación de este amplio conjunto de capillas se pretendería sacralizar un amplio territorio rural, de acuerdo con los ideales religiosos del momento, e incluso, tal vez, con la intención de crear una especie de vías sacras, de gran utilidad para las procesiones generadas por la religiosidad popular o las de las grandes solemnidades del año litúrgico.

LA CAPILLA DE SAN NICOLÁS DE TOLentino

Dedicada a este famoso santo taumaturgo agustino de los siglos XIII y XIV y situada en la parte más alta del municipio, el perfil de su voluminosa cúpula y de su esbelta torre constituyen hitos claves en el entorno rural de esta hermosa población, de exuberante vegetación y quebrada orografía.

La iglesia —que por sus considerables dimensiones rebasa con creces lo que entendemos por capilla, con lo que no creemos desacertado el uso de este término— es un amplio rectángulo, es decir un gran cajón de, aproximadamente, 21 metros de largo por 7.6 de ancho, enriquecido con la torre y la sacristía, situadas ambas, como ya veremos, en el lado del evangelio —lado norte.

Orientada como es normal en los templos cristianos de este a oeste, la planta engloba tres tramos o ámbitos, separados por arcos de medio punto de cantería que apean en delicados pilares adosados a los muros perimetrales. El primero, que hace de presbiterio o cabecera, y el último o de los pies, donde va el coro en alto, tienen similares proporciones, a saber 6 metros por 7.6, mientras el intermedio, con 8 metros por 7.6 metros, intenta desempeñar el papel de crucero si bien éste no viene marcado en planta ya que su anchura no rebasa la del resto del edificio, aunque sí, en cambio, establece una diferenciación fundamental al cubrirse con una esbelta cúpula, que arranca de un elevado tambor.

Así, y es algo muy de reseñar, frente a ese acentuado carácter longitudinal que marca el rectángulo y que nos está evocando el espacio-camino, típico de las iglesias desde la época paleocristiana, con las basílicas, hasta el final del

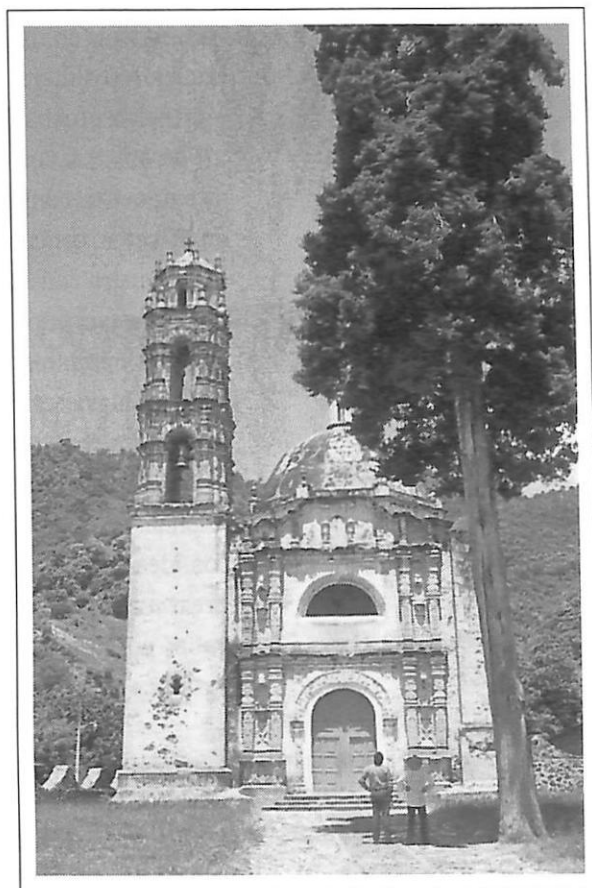
medieval, se intenta fijar y potenciar un centro con ese tramo medial, de mayores dimensiones, cubierto con una monumental cúpula y con una iluminación especial, pues es aquí donde se concentran todas las ventanas del templo.

Ciertamente en el interior los valores estrictamente arquitectónicos se potencian al máximo, no así los ornamentales, que, sin embargo, adquieren un excepcional desarrollo en la fachada principal, con su delicada portada y con la airosa torre.

Analizando un poco más el interior, tenemos que primero y último tramo se cubren con una bóveda de medio cañón con lunetos ciegos. Una cornisa de amplio vuelo recorre los muros laterales del primero, mientras en el otro quedó cortada al levantar posteriormente el coro —montado sobre un arco escarzano, arrancando de ménsulas, que nos evocan los capiteles-péndolas tan típicos del pleno renacimiento andaluz, realmente tiene escaso interés. Todo el foco de atención se centra en el hipotético crucero, cubierto, como ya hemos anticipado, por una hermosa cúpula que arranca de un alto tambor octogonal. El paso se realiza mediante pechinas, los paños del octógono vienen definidos por pilastras toscanas angulares y la luz penetra a raudales, pues aparte de las ocho ventanas del tambor —una en cada paño—, todas arcos de medio punto, nos encontramos una en cada uno de los muros perimetrales laterales, si bien ahora son simples vanos rectangulares. Curiosamente, por fuera la cúpula lleva una pequeña linterna que no se refleja en el interior e igualmente cada ángulo de octógono se adorna con un airoso pináculo, potenciando aún más la verticalidad de esta elegante fábrica religiosa.

El exterior, construido casi todo él en cantería, lo cual significa unas posibilidades económicas fuera de lo normal, centra todo su interés en la gran fachada occidental donde se sitúan la portada y la elegante torre.

La portada, un arco de triunfo de dos cuerpos y remate ondulado, en sus líneas generales evoca muchas portadas granadinas del círculo postsiloesco. Así, entre dos pares de estípites a cada lado, que ge-



FACHADA PRINCIPAL Y TORRE

neran una pequeña entrecalle con una graciosa hornacina coronada por una venera, va la puerta, un amplio vano de medio punto doblado tanto en sus jambas como en su rosca. La decoración, tanto de tipo geométrico como vegetal, con abundante referencia a motivos indígenas, hábilmente entrelazada y de un relieve muy plano, lo invade todo. Sobresalen especialmente, los motivos geométricos del alto y amplio pedestal, pues es el mismo para los dos estípites; la clave del arco de la puerta, donde en medio relieve nos aparece la figura del titular de la iglesia —San Nicolás Tolentino—, así como el friso curvo del entablamento. Esto último, junto con otros muchos detalles nos está señalando que el tracista conocía de cerca el tratado de arquitectura de Sebastián Serlio, concretamente su Libro IV.



DETALLE DE LA TORRE

El segundo cuerpo de este monumental arco de triunfo presenta las mismas características que el inferior, mas queremos destacar que hoy figura en el paño central una torpe ventana de medio punto, que nos recuerda los llamados vanos termale. Sin embargo, no debió ser ésta la primitiva, pues la original, como es frecuente en las capillas vecinas, sería un óculo envuelto en un amplio marco polilobulado como corresponde a estos momentos de mediados del siglo XVIII.

Finalmente, el remate del hastial de poniente viene conformado por una muy amplia cornisa, donde se suceden las curvas y las rectas, que lo recorre por completo y que engloba en su centro una delicada hornacina, igualmente flanqueada por pequeños estípites y coronada por un entablamento toscano.

La torre, ubicada en el ángulo noroeste del templo, es otra de las piezas más destacada del conjunto. Constituida por un prisma de base ligeramente cuadrado y predominando la cantería, su caña, que arranca de un alto basamento, no tiene nada excepcional salvo la delicada ventanita polilobulada de su frente principal. Todo el interés arquitectónico se centra aquí en el cuerpo de campanas, en este caso un triple cuerpo, decreciendo en altura su anchura y que igualmente nos llevan al barroco final cordobés –el cuerpo de campanas de la iglesia de la Asunción en la localidad cordobesa de Carcabuey guarda bastantes similitudes con la de esta capilla. Los dos primeros cuadrados y con vanos de medio punto para las campanas, están flanqueados por hermosas pilastras toscanas, mientras el último, de menor tamaño, ya es octogonal. Corona el conjunto un chapitel troncocónico rematado con una sencilla cruz y un florón en cada uno de los ángulos del octógono, motivo ornamental que también se repite en el cuerpo intermedio, en este caso rematando las pilastras angulares. Su acceso se realiza a través de una sencilla portada toscana, donde sólo destaca el motivo ornamental del eje del dintel: un relieve con el anagrama de María, rematado por una cruz. Por último, su interior es de mampostería y la subida se efectúa a través de una simple escalera de husillo.

En el otro extremo de este mismo muro perimetral aparece otra estancia totalmente cuadrada, que hace de sacristía. De tres metros de lado, sobresalen especialmente su cubierta, una bóveda de ocho paños realizada con un excepcional mortero, como todas las techumbres de esta iglesia, así como las dos portadas adinteladas que adornan sus accesos. La primera, que da paso al presbiterio, es un curioso ejemplar, pues va flanqueada por estípites muy ariñonados y coronada por un entablamento completo, que se remata con una cruz central y un delicado florón en cada lado. Además, todo ello cuajado con delicadas labores de tipo vegetal y geométrico. La otra, situada al exterior, resulta mucho más anómala para la cronología del monumento, pues predomina en todo su contorno el paramento almoha-



INTERIOR HACIA LA CABECERA

dillado, si bien introduce una nota de elegancia y finura la cruz en relieve que hay en la centro del dintel, así como el delicado festón que adorna su friso. Precisamente la existencia de esta portada exterior ha ocasionado que el contrafuerte colindante con ella sea mucho más corto. En total son cuatro –dos por cada lado–, precisamente coincidiendo con el crucero, la parte que por su desarrollada volumetría está exigiendo unos contrarrestos mayores, dado que en la actualidad todas las cubiertas del interior aparecen reforzadas por unos torpes nervios de concreto, que están distorsionando la elegancia y sentido volumétrico de tan singular recinto. Además, pensamos que este reforzamiento vendría también motivado por la relativa delgadez de los muros perimetrales, que apenas si rebasan el metro de grosor, e incluso por algo que es, por desgracia, tan frecuente en estos lares, es decir los movimientos sísmicos.

Completa el conjunto un amplio y espacioso atrio, con lo cual se potencia aún mucho más la volumetría y el carácter ascensional de esta singular capilla, que nos cautiva e impresiona a primera vista por ese espectacular telón de fondo que nos ofrece a través de su fachada y torre tan genuinamente representativas del barroco final. Incluso, nos atreveríamos a calificarla de interesante ejemplo del rococó popular, a lo que ayuda, sin lugar a dudas, la sucesión de rectas y cóncavas que forman el muro que delimita este atrio. La misma fecha que aparece en una de las dos campanas existentes, 1757 –en la otra figura el año 1880– nos confirman lo que acabamos de decir.

Por lo que atañe al amueblamiento del interior de la capilla, lamentablemente es muy escaso y además presenta un estado de gran deterio-

ro. Ello contribuye en gran manera a aumentar esa sensación de abandono que, tristemente, se respira al traspasar los umbrales del edificio. Así, y a modo de simple apunte, mencionaremos la talla de San Antonio de Padua, ubicada en una gran urna del lado del evangelio. Se trata de una imagen de aceptable calidad, cuyos modernos repintes están enmascarando sus valores escultóricos, por eso creemos urgente someterla a una limpieza a fondo. Además, sobresalen el templete de factura neoclásica del presbiterio, donde se aloja una talla de un santo sacerdote y la pequeña imagen situada sobre una peana de la clave del arco triunfal, tal vez el titular de la iglesia así como la hermosa copia de la entrañable Virgen de Guadalupe que ocupa el interior de una gran urna situada al lado de la epístola.

CONCLUSIONES

Con este sencillo trabajo, quizá excesivamente formal, hemos pretendido ofrecer un estudio lo más completo posible de una de las muchas capillas que enriquecen el hermoso municipio de Malinalco. Por desgracia, su estado de conservación es lamentable, por lo que está exigiendo una rápida y eficaz intervención, comenzando por su consolidación, siguiendo por una limpieza y adecentamiento a fondo tanto del interior como del exterior para terminar restaurando sus bienes muebles, ciertamente pocos y de relativa calidad, pero no por eso desechables, pues siguen teniendo un aire eminentemente popular acorde con la fábrica arquitectónica que ocupan y adornan. LC

